

1866. llería y cincuenta de infantería. No habiendo
Enero. tenido tiempo para tomar posiciones ventajosas, la derrota fué completa. El jefe republicano tuvo cuarenta hombres muertos y cien heridos. Entre los primeros se encontraban los jefes D. Juan García Elizondo, D. Eusebio Sepúlveda y D. Francisco Salinas. Los imperialistas se apoderaron de ochenta y siete caballos ensillados, de bastantes armas y de algunas municiones.

En Sonora se verificó otro encuentro en que tambien la fortuna se declaró en favor de los imperialistas. Las fuerzas republicanas en número de seiscientos hombres al mando del general García Morales, se presentaron el 3 de Enero ante las mejicanas del imperio, en las inmediaciones de Nacorí. La acción fué reñida y se combatió con valor por ambas partes. El jefe republicano, viendo que eran inútiles todos sus esfuerzos para alcanzar la victoria, se retiró despues de haber sufrido sensibles pérdidas, dejando en poder de sus contrarios cincuenta fusiles, cinco cajas de municiones, cincuenta caballos, una pieza de artillería y quince prisioneros. El número de muertos que tuvieron las fuerzas republicanas ascendió á ciento veinte. Entre ellos se hallaban el comandante del escuadron D. Manuel Oruelas, el capitán de artillería Olvera, el capitán de caballería D. Lauterio Martínez, y los de igual clase, de infantería, D. Fernando Corella, D. Ignacio Escalante, D. Manuel Maldonado y D. Pedro Félix.

El 23 de Enero el jefe republicano D. Pedro Mendez se propuso apoderarse del pueblo de Tantoyuquita y atacó con denuedo á la guarnicion que en él había. Herido gravemente cuando más empeñado estaba el combate, se

vió precisado á emprender la retirada, dejando bastantes muertos sobre el campo de la acción. Para eludir el encuentro con algunas fuerzas imperialistas, tomó el rumbo de la Hacienda de Laca de Agua, buscando las faldas de la Sierra. Con la fatiga del camino, la herida fué haciéndose cada vez más grave, y al pasar el Riofrio, cerca de la embocadura de la expresada Sierra, espiró. Su cadáver fué conducido á Ciudad Victoria, y de allí al pueblo de Hidalgo, en cuyas inmediaciones tenía una haciendita de campo. Tambien murieron de resultas de las heridas re-

1866. cibidas en el mismo combate de Tantoyuqui-
Enero. ta, sus compañeros de armas, coronel D. Gabriel Arcos Arriola, que fué sepultado en el pueblo llamado Escandon, y el capitán D. Antonio Rodríguez, que pudo llegar á Victoria, donde murió.

No más favorable se mostró la fortuna á la causa republicana en la ranchería de la Palma, en las inmediaciones de Tangancicuaro, perteneciente al Estado de Michoacan. El general republicano Régules, viendo que el general imperialista D. Ramon Mendez habiendo distribuído su fuerza en puntos diferentes, marchaba en su busca con solo la columna del coronel Santa Cruz, situó su infantería en la mesa de la ranchería de la Palma, cerro de la Laguna y Paso de la Carreta, parapetándola con unas cercas y apoyándola con su caballería en las Joyas de la Virgen, de Elías y llano de Espejo. La fuerza total de las tropas de Régules ascendía á tres mil hombres, siendo mil ochocientos de caballería. El general imperialista don Ramon Mendez hizo el reconocimiento de la posición que ocupaban sus contrarios, y dispuso el ataque. La fuerza

con que Mendez había tomado aquel rumbo aunque muy inferior en número, era de las más aguerridas que tenía el ejército mejicano imperialista, mientras en la de Ré-gules había mucha gente que había sido cogida de leva poco hacía, y que, por lo mismo, carecía de la instrucción necesaria en el manejo de las armas y en las evoluciones. Sin embargo, el resto de la tropa estaba acostumbrado á los combates y se componía de gente valiente, aunque escasa de equipo y fatigada por las largas y continuas marchas que se veía obligada á hacer con frecuencia para burlar los planes combinados de las columnas móviles destacadas en su persecucion.

Hecho el reconocimiento por el general imperialista D. Ramon Mendez, y dispuesto, como he dicho, el ataque, se emprendió éste con todo vigor por una y otra parte. Era el 26 de Enero cuando se verificó este encuentro que fué verdaderamente reñido. Hubo momento en que los republicanos llegaron á envolver á sus contrarios, á apoderarse de un cañon matando á todos los artilleros, y á poner en el mayor aprieto á las fuerzas imperialistas; pero en aquella crítica situacion, el coronel Santa Cruz, con doscientos ginetes del regimiento de su mando y el comandante Ceballos con el resto del Batallon del Emperador, cargando en columna cerrada sobre los flancos de los republicanos, arrollaron á estos hasta sus posiciones, rescatando el cañon y obligándoles á abandonar á un número no escaso de imperialistas que habían hecho prisioneros. Recobrada la pieza de artillería, acometieron con extraordinario vigor las posiciones. Los republicanos sostuvieron valientemente el cho-

1866.

Enero.

que; pero despues de tres horas más de combate, se vieron precisados á emprender la retirada en diversas direcciones á las siete y media de la noche, dejando sobre el campo de batalla ciento ocho muertos de la clase de tropa y algunos jefes y oficiales, todas sus municiones de fusil y cañon, mucho armamento y bastantes cargas de diversos efectos. El número de prisioneros que cayó en poder de los vencedores, ascendió á cuatrocientos diez y ocho hombres, entre ellos algunos oficiales. Los imperialistas tuvieron veintidos muertos del Batallon del Emperador y cincuenta y cuatro heridos de todos los cuerpos, todos ellos de lanza. Además tuvieron veinticinco caballos muertos del 4.º Regimiento, del Escuadron de la Piedad y de rurales de Ario. El combate de la Palma se consideró como uno de los más importantes que se habian dado desde hacía algunos meses en el Estado de Michoacan.

Pero si en el terreno de las armas la suerte se manifestaba generalmente favorable á las armas del imperio y el gobierno republicano se veía precisado á estar en un pueblecito insignificante de la frontera, no sucedía lo mismo en el campo de la diplomacia, más importante aun que el primero. El emperador Maximiliano hubiera querido que la Francia se mostrase más benévola á sus deseos y á sus peticiones. El Sr. Eloin, desde su vuelta á Méjico de su viaje á Europa, no había cesado de repetir al soberano que la causa de que el emperador Napoleon no siguiese una marcha cual convenía á los intereses de Maximiliano era el representante mejicano en París D. José Hidalgo, que se mostraba *demasiado francés*. El expresado

Eloin obraba de acuerdo con el ministro D. José Fernando Ramirez y la emperatriz para hacer que otro fuese á ocupar el puesto de Hidalgo, y á fin de obligarle á que renunciara, hicieron que se le redujese su sueldo á la mitad. Sabiendo el expresado Sr. Hidalgo que ciertas influencias que rodeaban al emperador Maximiliano se lisongeaban de que lograrían que fuese destituido, pidió en 30 de Noviembre de 1865 un año de licencia para que otro fuese á reemplazarle, y viera si era posible conseguir y hacer más de lo que él hubiese hecho y conseguido. En

1866. este sentido escribió una carta á Maximiliano
Enero. en la expresada fecha, sin pedirle la más leve recompensa: «Jamás,» decía al soberano, «he pedido nada y esperado nada de lo mucho que todos creían se me daría al establecerse el imperio. He podido ser rico y mucho, poseyendo como he poseído tantos años el secreto de lo que acontecía en la cuestion de Méjico, que me facilitaba tanto la especulacion, que es la fiebre de esta época.»

Al día siguiente de haber enviado esta carta confidencial, recibió una del emperador Maximiliano, escrita el 28 de Octubre en su palacio de recreo de Chapultepec, á ménos de media legua de la capital de Méjico, que decía así:

«*Alcázar de Chapultepec, 28 de Octubre de 1865.*—
Mi querido ministro Hidalgo: su nuevo jefe el ministro Castillo le escribirá sobre mi vivo deseo de ver á V. llegar aquí por un mes. Me parece de suma necesidad que usted, despues de tantos y tantos años pasados en Europa, vea y pueda estudiar la situacion actual de nuestro país. Por otra parte, hay muchísimos negocios y cuestio-

nes importantes que yo querria tratar directamente con usted; matices que no pueden descubrirse y que tampoco otra persona puede explicar verbalmente. Como el Papa llama á los obispos por los estatutos del Concilio de Trento, cada cinco años á Roma, así voy á llamar yo de tiempo en tiempo mis ministros, para que ellos vean la situacion de la madre patria, y que yo pueda aprender de ellos de una manera pormenorizada, el estado de cosas en las regiones en donde están acreditados.

«Con quince días que V. pase aquí, sabrá más que leyendo cien informes, y al volver á Francia, con su tacto, con el influjo que V. tiene, podrá servir poderosamente á su país, citando lo que V. ha visto con sus propios ojos, sin tener que referirse siempre al papel.

«Un mes de marcha, un mes en Méjico y otro de regreso, no hacen mas que tres meses, tiempo muy corto, considerando el bien que puede derivarse de esta excursion.... Esperando ver á V. pronto en nuestra hermosa patria y decirle verbalmente lo contento que estoy de los servicios que presta al gobierno, soy su afectísimo, *Maximiliano.*»

Corroborando lo dicho por el emperador, el nuevo ministro de Negocios Extranjeros D. Martin de Castillo le

1866. decía en una carta escrita á fines del mismo
Enero. mes de Octubre, «que S. M. estaba muy satisfecho de sus buenos y leales servicios en la mision diplomática en París,» y le manifestaba lo importante que era de que fuese á Méjico por algunos días.

D. José Hidalgo, obsequiando el deseo del monarca, se embarcó para su patria, contra la opinion de los amigos

que tenía en Europa que le decían que el emperador no obraba de buena fé. No había sin embargo ninguna mira siniestra en el llamamiento del emperador. El objeto de Maximiliano no era otro que viese la situación del país por sí mismo, á fin de que al volver á Francia, pudiera desmentir que esa situación era mala.

Habiendo sido feliz la navegacion, D. José Hidalgo llegó á Veracruz al empezar el mes de Enero de 1866; y el día 12 del mismo recibió en Puebla, el telégrama siguiente: «Sé que S. M. quiere ver á V. en la recepción oficial del lunes próximo: recomiendo á V. que haga todo lo posible para llegar por lo ménos en la tarde de la víspera.—*Eloin.*»

El Emperador Maximiliano recibió muy bien á D. José Hidalgo, y le dijo que en aquella entrevista «no había ni soberano ni ministro, sinó los dos amigos de Miramar;» que con toda verdad y franqueza le manifestase lo que pasaba, y que sin ocultarle la más leve cosa le expusiera con sincera lealtad la impresión que había causado en su ánimo el estado en que encontraba la sociedad, y la cosa pública, y lo que se decía en la primera de la marcha que llevaba su gobierno. D. José Hidalgo ofreció hacerlo así tan pronto como hubiese adquirido los conocimientos necesarios de la situación y de la opinión general, y se retiró recibiendo las más sinceras demostraciones de aprecio de parte de su soberano.

Cuando estuvo persuadido de que podía hablar con verdadero conocimiento de la opinión formada por la sociedad respecto de la marcha de la cosa pública y de sus verdaderas aspiraciones, dijo á Maximiliano, «que la ver-

1866. Enero. dad no entraba en su palacio; que le engañaban los que le decían que su situación era muy buena y que todos estaban satisfechos; que había un descontento general; desconfianza en el porvenir; que había desaparecido completamente el entusiasmo de los primeros días; que todos convenían en que S. M. estaba rodeado de juaristas, de enemigos del imperio y Francia; que empleos y puestos delicados se confiaban á gentes que conspiraban á la luz del día; que todas las familias, todo lo que legítimamente formaba la sociedad de un país vivía consternada, porque la mala inteligencia con el mariscal Bazaine, se traducía por la retirada de las tropas y del apoyo de la Francia, y muchas familias hablaban de emigrar; que si S. M. quería oír á personas de confianza, que le indicó, ellas podrían decirle lo que no se habían atrevido á decir, por no haber sido interrogadas por S. M.»

Maximiliano preguntó á D. José Hidalgo si querría Napoleon hacer con él una convencion, como había hecho con el Santo Padre. El señor Hidalgo, juzgando que su deber era exponer sinceramente su juicio y presentar sin embozo el cuadro de la situación, contestó que el estado de la opinión pública en Francia estaba ya claramente marcada, y que, en su concepto, el emperador Napoleon en su próximo discurso al cuerpo legislativo, haría una alusion á la retirada de las tropas expedicionarias de Méjico. «No hay que hacerse ilusiones, señor,» añadió Hidalgo, «amigos y enemigos de Napoleon, todos desean la vuelta del ejército francés.» Maximiliano respondió, «bien lo veo», y luego refiriéndose á lo que el señor Hi-

dalgo le había dicho respecto del disgusto que observaba en la sociedad y lo que de ella se hablaba, dijo: «Eso se dice de todos los gobiernos.»

Con efecto el gobierno francés lo que anhelaba era retirar su cuerpo de ejército de Méjico, no sólo para hacer callar á la oposicion que le combatía sin cesar, sinó desanimado tambien, como tengo dicho, por la cuestion de Alemania que amenazaba encender en toda la Europa el fuego de una guerra sangrienta. Por los documentos diplomáticos que se cruzaron entre el gabinete de las Tulle-rias y el de Washington en los últimos meses de 1865 y primeros de 1866, fácil es comprender que las contestaciones de ambos gobiernos giran siempre al derredor de dos puntos bien determinados. El de los Estados-Unidos quería la evacuacion de Méjico por el ejército francés: el de Francia se manifestaba dispuesto á acceder á la eva-
 1866. cuacion, y sólo pedía para retirar sus tropas
 Enero. que el gabinete de Washington reconociese el gobierno de Maximiliano. El ministro de los Estados-Unidos, Mr. Seward, contesta á las indicaciones del ministro francés respecto al reconocimiento del imperio con una terminante negativa, «porque el presidente consideraba la peticion de Napoleon como impracticable, pues atacaba resueltamente el derecho de la Francia para cambiar las instituciones republicanas de Méjico, por una monarquía que consideraba como una amenaza á las propias instituciones de los Estados-Unidos; y volvía á insistir en que Francia retirase sus tropas en un plazo conveniente.»

Podía, pues, darse por resuelta á principios de 1866 la cuestion en el terreno de la diplomacia. El ministro de ne-

gocios extranjeros de Francia, M. Drouyn de Lhuys, repitió y amplió en despacho de 9 de Enero, dirigido al marqués de Montholon, ministro del gobierno francés en los Estados-Unidos, las razones expuestas en sus anteriores comunicaciones. En ese despacho M. Drouyn de Lhuys traza á grandes rasgos la historia de la intervencion de la Francia en Méjico; dice que el «emperador Napoleon, despues de haber examinado las consideraciones expuestas por Mr. Seward, se ha convencido de que la divergencia de manera de ver entre los dos gabinetes, es ante todo el resultado de una apreciacion errónea de las intenciones de la Francia; que la expedicion francesa nada tenía de hostil á las instituciones de los pueblos del Nue-

1866. vo-Mundo, y ménos todavía seguramente á
 Enero. las de la Union;» que si la Francia hubiera sido inspirada por un pensamiento malévoló hácia los Estados-Unidos «no habria buscado desde el principio el obtener el concurso del gobierno federal que tenía, como el francés, reclamaciones que hacer valer, ni hubiera observado lá neutralidad en la gran crisis que habían atravesado los Estados-Unidos, ni estaría el gobierno francés dispuesto, como lo declaraba con la mayor franqueza, á acercar cuanto le fuese posible el momento de llamar sus tropas;» que el objeto único de la Francia, «había sido recabar las satisfacciones á que tenía derecho, recurriendo á los medios coercitivos, despues de haber agotado todos los demás;» que «era sabido cuán numerosas y legítimas eran las reclamaciones de los súbditos franceses;» que «en vista de una série de vejaciones flagrantes, y de patentes denegaciones de justicia, había tomado las armas;» y que

«los agravios de los Estados-Unidos habian sido seguramente ménos numerosos é importantes cuando se creyeron obligados ellos tambien, hacía algunos años, á emplear la fuerza contra Méjico.»

Hechas estas observaciones, M. Drouyn de Lhuys continuaba diciendo: «El ejército francés no ha llevado las tradiciones monárquicas al suelo mejicano en los pliegues de su bandera. El gabinete de Washington no lo ignora: había en aquel país, de algunos años á esta parte, un número considerable de hombres que desesperando de hallar orden en las condiciones del régimen á la sazón existente, alimentaban la idea de volver á la monarquía. Sus ideas habían sido compartidas por uno de los presidentes de aquella república que hasta había ofrecido hacer uso de su poder para favorecer el establecimiento de una monarquía. Al ver el grado de anarquía en que había caído el gobierno de Juarez, habían creído llegado el momento de hacer un llamamiento al sentimiento de la nacion, fatigada, como ellos, del estado de disolucion en que se consumían sus recursos.

»No creímos deber desalentar ese supremo esfuerzo de un partido poderoso, cuyo origen es muy anterior á nuestra expedicion; pero fieles á máximas de derecho público que nos son comunes con los Estados-Unidos, declaramos que esa cuestion dependía únicamente del sufragio del pueblo mejicano.»

1866. Decía luego que el pensamiento del gobierno del emperador Napoleon había sido definido por él mismo en una carta que dirigió al general en jefe Forey despues de la toma de Puebla en estas palabras:

«Nuestro objeto, ya lo sabeis, no es imponer á los mejicanos un gobierno contra su gusto, ni hacer servir nuestras victorias para el triunfo de un partido cualquiera. Deseo que Méjico renazca á una nueva vida y que, regenerado muy pronto por un gobierno fundado sobre la voluntad nacional, sobre los principios de orden y progreso, sobre el respeto al derecho de gentes, reconozca por relaciones amistosas deber á la Francia su reposo y su prosperidad.»

Despues de copiadas estas palabras dichas por Napoleon á Forey, continuaba diciendo en su despacho M. Drouyn de Lhuys, que «el pueblo mejicano decidió; que el emperador Maximiliano fué llamado por los votos del país; y que este gobierno le había parecido al de Francia á propósito para restablecer la paz en el interior y la buena fe en las relaciones internacionales, por lo cual le había concedido su apoyo.»

Trazada así la historia de la intervencion francesa, M. Drouyn de Lhuys continuaba así: «Hemos ido allí no para hacer proselitismo monárquico, sinó para obtener las reparaciones y garantías que hemos debido reclamar; y apoyamos al gobierno que se ha fundado con el concurso de las poblaciones, porque esperamos de él la satisfacción de nuestros agravios, igualmente que las seguridades indispensables para lo futuro. Como no buscamos ni un interés exclusivo, ni la realizacion de un pensamiento ambicioso, nuestro más sincero deseo es aproximar, cuanto sea posible, el momento en que podamos con seguridad para nuestros nacionales y con dignidad para nosotros mismos, llamar lo que resta en aquel país